

Juan Antonio González-Iglesias, *Eros es más*, Madrid, Visor, 2007, 78 pp.

Por la búsqueda de un continuo equilibrio en su obra podría decirse que la producción de Juan Antonio González-Iglesias lo acercaría tanto a los poetas del Renacimiento (al fin y al cabo su labor creadora se prolonga en las artes plásticas) como a muchos de sus contemporáneos. De hecho, la inmersión en el mundo clásico, sin desdeñar alusiones a la actualidad, será una de las constantes de una obra que aspira a una serenidad y una perfección fruto, en buena medida, de una gran sencillez y naturalidad no ajenas a su solidez retórica indiscutible. No en vano se ha dicho frecuentemente que su poesía aúna tradición y modernidad. Refinamiento cultural, por lo tanto, y sólido anclaje en el mundo real. Ciertamente esto se revela tanto en el actual *Eros es más*, como en algunos de sus libros anteriores: *La hermosura del héroe* (1993) (Premio Vicente Núñez), *Eso es mi cuerpo* (1997), *Más hermosura* (2001) o *Un ángulo me basta* (2002), que podrían servir como ejemplos.

En concreto en este poemario, galardonado con el XIX Premio Internacional Loewe (uno de los más prestigiosos de la actualidad), dicha alianza de contrarios se concreta en aspectos muy precisos. Tradición, puesto que no escasean los temas habituales de la poesía universal (el amor, la muerte, la metaliteratura, incluso el poder...), el cultivo frecuente de metros ya consagrados y plenamente asentados en nuestra lírica, como el alejandrino y el endecasílabo, así como las referencias culturales, explícitas o no, fruto de la densa formación de este profesor salmantino. Modernidad, por su parte, perceptible, sobre todo, en el tratamiento de esos temas, con una expresión adecuada y sencilla, en ocasiones escueta, a medio camino entre la mística y el zen (como la vendimia, “que se parece a un ejercicio zen”), casi minimalista (como sugiere el juego de palabras de Vicente Núñez que da título al libro), una contención que revela la madurez, honestidad y sencillez de este autor que, como todo poeta, “es alguien que dice verdades elementales”, tal y como proclama el propio González-Iglesias en el prólogo que precede los poemas de este libro.

A ello añadiríamos, como una cualidad más, esa serenidad e, incluso, humildad con que el hombre ha de aceptar su destino y que el vate remite, tanto a las cartas de Marco Aurelio dirigidas a su maestro (“Correspondencia”), como a los practicantes del moderno arte marcial nipón (“Aikido”). Esta humildad tendrá, además, una certera manifestación a nivel expresivo en la huida consciente de todo alambicamiento innecesario, de toda retórica grandilocuente, de toda artificiosidad ajena al equilibrio natural pretendido. Esta huida no es obstáculo, sin embargo, para que surja a través de los versos una sugestiva red de referencias culturales muy variada y ya aludida, producto de la vasta cultura de su creador. Estas alusiones se suceden unas a otras, conviven o se entrecruzan conformando un mosaico como los de las antiguas villas romanas, que hace que se diluya esa aparente tensión que podría surgir entre tradición y modernidad, consiguiendo fusionarse ambas entre sí. El resultado será un conjunto de poemas pletóricos, entre cuyos versos emergen por igual, casi hermanados, Julio Casares y Platón, Dante y Aristóteles, Agustín

de Hipona y la música popular (Robbie Williams), las referencias a Tito Livio y a Rafael Pérez Estrada, a Lorenzo de Médicis y a André Chastel. Incluso cobran un sentido nuevo las citas o meras alusiones a las *Meditaciones* de Marco Aurelio, a Álvaro Mutis, a Antonio de Nebrija, a Djuna Barnes, a Marco Polo, a Elio Adriano, a Marguerite Yourcenar, a Cioran o a Arnaldo Momigliano. Y junto a todo ello, la cercanía con la lírica actual, a través de las dedicatorias a otros poetas contemporáneos (como Christian Law Palacín y María Ángeles Pérez López) o no tanto (como María Victoria Atencia o Pablo García Baena).

La composición que abre el libro, "Exceso de vida", resulta toda ella una declaración de principios y un hermoso poema de amor. Anticipa, además, algunos de los temas que prefigurarán el conjunto del poemario al mostrar el peso de la vida casi como una limitación frente al amor y a la esperanza que reside en un futuro anhelado, más allá de la materia y sus restricciones, del tiempo o del espacio, de la geografía, pues el amor "es lo único que mi corazón sabe", dirá el poeta. El mensaje expuesto en estos alejandrinos iniciales se aleja de una óptica pesimista o marcadamente existencial, optando por un impulso vitalista que, sin desdeñar cierto tono elegíaco, se contagiará a todo el poemario. Tal vez esto, esa visión esperanzada de unión más allá de la materia, revela el feliz maridaje apuntado en el prólogo entre tradición cristiana, "que tanto ha meditado sobre el amor", y literatura grecolatina. Sea como fuere, esa visión de la muerte, presente para el poeta tras el descubrimiento del amor ("Desde que te conozco tengo en cuenta la muerte", dice el primer verso), no parece contemplarla como frontera o final, sino como puerta hacia una esperanza de futuro, de otra vivencia anhelada, de "la mañana en la que no habrá límites", pues el amor será capaz de trascender el acabamiento final, "triunfará de un modo misterioso" porque "es más fuerte que la muerte", como dirá en otra de las últimas composiciones del libro ("In joyful memory").

Junto a esa experiencia del amor como elemento trascendente, encontramos reflexiones que pueden girar en torno a cuestiones tan dispares como la equiparación entre poesía y vida, la necesidad de la primera como salvaguarda del acabamiento final ("¿Destinados al olvido?" o el ya citado "In joyful memory"), la conciencia del paso del tiempo, su lenta ascensión ("40"), una personal ansia de infinitud ("Tal vez influya que este otoño / acabo de cumplir cuarenta años") o la nostalgia de un pasado no vivido ("El reinado de Adriano"), pero que intuye más pleno, frente a cierto carácter crepuscular que rige en la época actual, esa "máxima inseguridad cultural" en la que "el arte de traducir se erige / en última forma de conocimiento. / Ahora que la torre de la historia / sufre asedios que pueden ser los definitivos" ("Arte de traducir"). Referencia esta última que remitirían a la propia trayectoria de González-Iglesias, traductor de obras de Ovidio, Horacio, Catulo, James Laughlin, Stendhal y Sebastiano Grasso. Obras, eso sí (y volvemos a lo mismo), todas ellas dedicadas al amor en sus múltiples formas, porque, al fin y al cabo, el tema fundamental de este poemario no es sino, por encima de todos los demás, la capacidad (exclusiva) del lenguaje como único instrumento humano útil para traducir e interpretar el amor.

No en vano González-Iglesias ha sido calificado en más de una ocasión como el gran poeta del amor de entre sus contemporáneos. Poeta del amor, pero de un amor libre, pleno, puro, alejado de una visión marcada por prejuicios, un amor sin tapujos, sin restricciones, sin ataduras. Una visión del amor que, en su concepción y su postración a los límites del lenguaje, podría llegar a rozar el misticismo, aunque, por fortuna, sin olvidar nunca un carácter mundano que la ha engendrado y que la humaniza, ese hedonismo que se constata en la admiración por los cuerpos bellos (“Campus americano”, “Stripper vestido”, “Si me despierto en medio de la noche”, “Gimnasta” o “You light up my life”). Así, el amor físico adquiere un sentido trascendente y pleno, el poeta alude al “cuerpo hecho de tiempo, / a la suma sencilla de momentos / que queda para siempre en el registro / general de los días de este mundo”. Por ello la expresión de la emoción, del sentimiento y, en ocasiones, una ardiente sensualidad se reflejan en una visión del amor realista, material, traspuesta a esa otra visión ideal y, tal vez, mistificadora. La visión de los cuerpos, su fisicidad, su presencia absoluta, como en otros poemarios de González Iglesias (*Olímpicas*, por ejemplo), sirve para entender, como señala en el prólogo, siguiendo las enseñanzas de Platón, que “hasta en su vuelo más alto, Eros tiene su punto de partida natural en los cuerpos”. Porque el poeta concibe la poesía como un medio de expresión de sus sentimientos más íntimos, pero también como un reflejo de la realidad exterior.

Tal vez esta visión remita a esa “rebelión serena” de la que ha hablado Luis Antonio de Villena al referirse a la obra de González-Iglesias, una rebelión que incita al disfrute reposado y meditativo de la vida, siempre en toda su extensa plenitud, una plenitud en la que la luminosidad de “Octubre, mes sin dioses” representa la “ausencia de todo lo que excede los límites” y como sugiere el poeta dejarse “llevar por los presentimientos. / Escribamos las cosas con las letras minúsculas”. Esas “minúsculas” que revelan de nuevo la austeridad, la levedad ya citada, la huida de toda impostación expresiva, pues el poeta, como el asceta “con paciencia va deshaciendo nudos. / Corta ataduras. Se le va la vida / en desentenderse” (“Demasiadas cosas”), porque, nos dirá más adelante, “a partir / del año cuadragésimo de vida / los ojos del asceta / apenas miran ya las cosas de este mundo” (“Los ojos del asceta”). Esa narratividad casi conversacional, incrementada por el perfecto uso del encabalgamiento, se trasluce también en la búsqueda ocasional de un nuevo sentido poético a palabras poco comunes, casi olvidadas (como “Contracandela” en el poema homónimo), a las que el vate restituye con asombrosa lucidez, transformándolas en símbolos que arrojan renovada luz sobre el lenguaje, que traspasan sus limitaciones al estar olvidadas o atadas al hábito de la costumbre. Ese apasionamiento, fruto de su labor filológica, por el lenguaje como instrumento de comunicación plena, sólo superado por el amor, al que, como ya hemos dicho, trata de traducir y recrear, nos revela algo a estas alturas ya predecible, que nos hallamos ante un gran poeta, sin duda uno de los más fecundos y prometedores de presente siglo.

Mario Paz González